

## PRÓLOGO PARA LEGOS

Muchos sienten pudor de ir a la fuente...

HÖLDERLIN,

*Andenken / Recuerdo*

### UN CONTEMPORÁNEO CLANDESTINO

Hegel es hoy un filósofo incómodo. Incomoda la secreta vigencia de su pensamiento, su condición de rocoso *contemporáneo clandestino* contra el que, antes o después, topa cualquier filósofo vivo. Incomoda su prosa, inextricable para el lector común y extenuante para los iniciados. Incomoda la lucidez y crueldad de sus ideas, nada edificantes y completamente inservibles para manuales de autoayuda. Incomoda su apabullante erudición sobre casi todo, puesta siempre al servicio del desarrollo de su pensamiento. Incomoda su defensa del trabajo filosófico como un descenso al infierno antes que como un camino de salvación.

Hegel es un *Coronel Kurtz* al que no enloquece el descubrimiento del horror. Todo lo contrario: el filósofo que acababa de afirmar ante sus alumnos que «la historia es el altar donde son sacrificados los pueblos» era el mismo que, unos minutos después, cruzaba Unter den Linden, en Berlín, para asistir a la ópera o al teatro. Era muy aficionado a la Comedia.

La influencia del pensamiento de Hegel en la filosofía actual es tan ubicua como desigualmente valorada.

En muchos casos, se entiende esta influencia como un palimpsesto: la filosofía contemporánea se habría escrito sobre el borrado previo de la de Hegel. En otros casos, se la ignora o se la finge ignorar; si hace falta, se acude a su pensamiento como quien entra en un palacio abandonado y roba algunos muebles, es decir, alguna perspectiva inusitada sobre algo, alguna idea sorprendente, algún vocablo afortunado. Luego, se presenta el hallazgo como propio; pero plagiar el pensamiento de Hegel es una forma de honrarlo.

Cualquier introducción al pensamiento de Hegel choca con un gran obstáculo. Jacques Derrida lo describió muy bien al comienzo de *Glas* (1974): «el problema de una introducción a Hegel es *toda* la filosofía de Hegel», un todo presente en cada parte como una «envoltura». Al osado introductor a semejante artefacto filosófico no le queda sino «derrapar y patinar sin cesar». Y es que, por más detallada que sea la exposición de su pensamiento, Hegel siempre aguarda al final con una mueca burlona. No era muy partidario, dicho sea de paso, del género introductorio. Bastaban, a su juicio, unas cuantas indicaciones generales para que el lector se familiarizase con la cosa misma.

Hegel escribió numerosos artículos, pero sólo publicó en vida cinco libros: el primero (1801) es tan contextual como sugiere su desmesurado título: *Diferencia entre el Sistema de Filosofía de Fichte y el de Schelling en referencia al primer cuaderno de las «Contribuciones para*

*un más fácil entendimiento del estado de la Filosofía a principios del siglo XIX» de Reinhold.*

El segundo libro es una obra maestra absoluta del pensamiento filosófico de todos los tiempos: la *Fenomenología del Espíritu* (1807). Su lectura es una prueba de fuego incluso para lectores muy avezados en materia hegeliana. Carece de precedentes y de continuadores. Es una obra tan genial como difícil, tan imperfecta como perfecta. De su dificultad da idea, por ejemplo, el clásico comentario de Jean Hyppolite (1946), que es bastante más extenso que la obra comentada y, por supuesto, hace honor a la humorada de Derrida: Hyppolite derrapa sin cesar.

El tercer libro supera en dificultad al segundo: la *Ciencia de la Lógica* (1812-1816), única parte de su sistema desarrollada por completo, aunque estuviera preparando, a su muerte, una nueva edición, corregida y aumentada. El cuarto, publicado en 1821, contiene su Filosofía del Derecho, es decir, su filosofía política en sus «líneas fundamentales», como reza el título alemán. Es uno de sus libros más famosos, tan leído como malentendido. El quinto y último, en fin, es la *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, esquema de su sistema que Hegel reeditó tres veces (1817, 1827 y 1830) con tantas variantes que son tres libros distintos con el mismo título.

Sin embargo, no tuvo intención de publicar ni sus escritos juveniles (pese a que los conservó hasta su muerte) ni sus famosas series de *Lecciones* del periodo berlinés. Estas últimas son como una estampa estereos-

cópica: según se miren son de Hegel y no son de Hegel. Hay series de *Lecciones* reelaboradas por sus editores según el adagio de Giordano Bruno: «*si non è vero, è molto ben trovato*». Otras, en cambio, son bastante más fieles a la docencia efectiva de Hegel, sobre todo aquellas de las que se conservan manuscritos originales del filósofo. En todo caso, aunque su lectura sea asequible al lector curioso, también presuponen el sistema completo.

#### EL GRAN MALENTENDIDO

El caso es que Hegel nunca elaboró un «sistema» filosófico en sentido escolástico. Si no se tiene en cuenta este presupuesto, fácilmente se cae en errores de interpretación e hiperbólicos sambenitos: así, Hegel aparece como apologeta del Estado prusiano de la época, como precursor del nacionalismo germánico o como enemigo de las democracias liberales. En uno de los libros más influyentes en la filosofía política del siglo XX (*La Sociedad Abierta y sus enemigos*, 1945), Karl Popper convierte a Hegel en uno de los padres espirituales del totalitarismo: «maestro de la lógica —escribe Popper—, para él era un juego de niños extraer mediante sus poderosos métodos dialécticos, palpables conejitos físicos de sus galeras puramente metafísicas». Aún hoy, en no pocos círculos académicos filosóficos más bien anglosajones, más bien petulantes y más bien estúpidos, «hegeliano» es un insulto.

Estos y otros muchos malentendidos tienen su origen no tanto en la filosofía misma de Hegel como en la

imagen del filósofo derivada de la edición de sus obras completas acometida por sus discípulos tras su muerte. Se trataba de presentar su filosofía como un Sistema acabado y monumental. A la construcción de esta imagen rígida contribuyeron sus continuadores ortodoxos (la «derecha» hegeliana), heterodoxos (la «izquierda» hegeliana: Feuerbach, Marx) y sus objetores radicales (Schelling o Schopenhauer). Para los ortodoxos, el Sistema debía ser adaptado con ligeros retoques a los nuevos tiempos (fracaso de la Restauración, Revolución de 1848). Para los heterodoxos, el Sistema era un estorbo y un gran error: idealismo legitimador del Estado burgués. Para sus objetores, esta imagen acartonada de la filosofía hegeliana era un magnífico obsequio. Además, las obras originales seguían siendo oscuras y los ciclos de *Lecciones*, demasiado orales o *divulgativos* y, por lo tanto, fácilmente cuestionables. Y más de la mitad de los volúmenes publicados tras su muerte eran ciclos de lecciones...

El interés por Hegel decae notablemente en la segunda mitad del siglo XIX. Para unos es un predecesor, el último filósofo *clásico* prerrevolucionario. Para otros, una antigualla. Ciertamente, la época era propicia para este olvido. La idea hegeliana del Estado moderno como un triunfo de la Libertad se antojaba una broma: las sociedades europeas se desvertebraban mediante una mezcla de agresivo chauvinismo nacionalista, brutal darwinismo social y expansión imperialista. Como escribió

Marx en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1852), una «epidemia generalizada» de «cretinismo político» invade la Europa posterior a 1848. Triunfa tardíamente la filosofía de Schopenhauer, Kierkegaard anticipa la deriva existencial de buena parte de la filosofía del siglo XX y Nietzsche remata el siglo con una enmienda a la totalidad de la filosofía occidental.

El hallazgo y publicación por Herman Nohl en 1879 de diversos inéditos juveniles del filósofo propiciará además una curiosa reinterpretación de su obra: Hegel se habría traicionado a sí mismo al convertirse en filósofo sistemático. El joven Hegel era un teólogo, un metafísico y un revolucionario capaz, además, de escribir con un estilo intenso y apasionado. En 1905, Wilhelm Dilthey lo biografará en estos términos y convertirá su filosofía de madurez en una grandiosa *concepción del mundo* o *Weltanschauung* derivada evolutivamente de sus inquietudes «metafísicas» y «teológicas» juveniles.

Durante el periodo de entreguerras, el interés por la obra de Hegel resurge entre marxistas heterodoxos. En 1923 se funda en Fráncfort el Instituto de Investigación Social: Max Horkheimer, Th.W. Adorno, Walter Benjamin o Herbert Marcuse, entre otros, forman parte del grupo fundador de la Teoría Crítica. Antes que rígida ciencia social (materialismo dialéctico codificado), el marxismo debe ser una crítica de la ideología y de los efectos de ésta sobre la vida social. Lo ideológico precede y condiciona lo social, no al contrario (divisa del

«marxismo cultural» contemporáneo). En 1932, además, se publican por primera vez los famosos *Manuscritos de Economía y Filosofía* de Marx, que suelen considerarse fuente originaria de muchos escritos suyos posteriores. El Marx de los *Manuscritos* aparece como un hegeliano entusiasta de la *Fenomenología del Espíritu*. Hay, pues, que retomar el pensamiento de Hegel desde sus orígenes.

Durante la misma época (1933-39), Alexandre Kojève imparte en la École Pratique des Hautes Études de París una serie de seminarios sobre Hegel y la *Fenomenología del Espíritu*. Suya es la imagen de Hegel como el filósofo del «fin de la Historia», que Francis Fukuyama recupera en 1992 en su célebre artículo. Alumnos de los seminarios de Kojève fueron Jacques Lacan, Jean Hyppolite, Georges Bataille o Maurice Merleau-Ponty. El impacto de estos seminarios sobre sucesivas generaciones de filósofos es enorme. Llega hasta Slavoj Žizek, el más prolífico de los neomarxistas de la actualidad. Žizek considera su ensayo sobre Hegel y Lacan (*Menos que Nada. Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*, 2012) su obra maestra. Más de mil páginas.

Hoy el interés por la obra de Hegel es ubicuo. Pero el problema de fondo subsiste: no existe fórmula introductoria alguna que permita al lector sumergirse cómodamente en sus escritos. Y este tránsito constituye, sin duda alguna, el propósito último e ideal de cualquier introducción a la obra de cualquier autor. Hay que conformarse, pues, con acercar al lector a las obras de He-

gel, y advertirle que esta aproximación es un suplicio tantálico. Como el horizonte en alta mar, la obra de Hegel se mantiene distante por mucho que naveguemos hacia ella. *Hegel para legos* no pretende otra cosa sino preparar al lector para esta experiencia desazonadora.

# TODOS LOS FILÓSOFOS SON GRIEGOS

## LAS REMOTAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO DE HEGEL

Haced sonar, Parcas, vuestras tijeras,  
pues mi corazón pertenece a los muertos.

HÖLDERLIN,  
*Griechenland / Grecia*

### AL PRINCIPIO FUE LA LIBERTAD

Las introducciones a la Filosofía suelen comenzar evocando su origen griego, allá por el siglo sexto antes de nuestra era. Es comprensible: aunque la capacidad de pensar es propia del animal humano, el pensamiento racional por antonomasia, en cambio, es hallazgo de un solo pueblo, el griego.

Ya en el nombre científico de nuestra especie —*homo sapiens*— se sobreentiende que somos un mamífero pensante, un *animal que sabe*. Saber, en este sentido, significa anticipar como idea la finalidad de una acción cualquiera. Es sinónimo de raciocinio. El *homo sapiens* es un animal racional. La capacidad de razonar antecede al lenguaje humano, que es la manifestación suprema y más elaborada del raciocinio. Lo sintetizó magistralmente Stanley Kubrick en los primeros minutos de *2001, una Odisea del Espacio*: el simio se transforma en hombre cuando comprende (o *sabe*) que un hueso no sólo es un hueso, sino también un arma. Hegel habría dicho que